

CAPÍTULO 1º EL ACCIDENTE

Torrente. Valencia. Año 2023. 04:30 de la madrugada, en el domicilio de Raquel López el silencio es roto por el insistente zumbido de un teléfono móvil sonando.

-¡Dios! ¿Quién será a estas horas? –La mujer tantea la mesita de noche hasta dar con el aparato y llevárselo a la oreja. Una llamada a esas horas no puede ser buena señal-. ¿Diga?

-Buenas noches –la voz llega hasta ella alta y clara, sin sentimientos que delaten nada, y al instante ella la reconoce como la de un androide de los que últimamente trabajan para la Policía-. ¿Es usted Raquel López?

-Sí, soy yo –el temor va, poco a poco, atenazando su estómago, acaba de recordar que Víctor, su hijo no está en casa, ha salido con unos amigos a tomar algo, con el coche-. ¿Qué ocurre, por favor?

-Se trata de su hijo –la voz sin sentimientos sigue hablando-. Ha tenido un accidente, está ingresado en el hospital. No se preocupe. No ha sufrido heridas graves. Tan sólo llamo para informarla.

-Y una mierda –Raquel aprieta el móvil entre sus dedos sudorosos-. Dígame ahora mismo dónde está, en qué hospital.

-Hospital General, pero le repito que no ha sufrido daños graves, tan sólo ligeras contusiones y moratones.

-Ya, ya te oí la primera vez –sin esperar más, cuelga el teléfono y, tras vestirse rápidamente, sale de su piso en dirección al Hospital General.

No tarda ni diez minutos en llegar, cuando lo hace ve que Gabriel, su ex marido ya está allí.

-Hola, Gabriel, ¿Dónde está?

-En observación. Tranquila, sólo ha sido un pequeño susto, le están haciendo placas, ya sabes, para ver si tiene algo roto, pero parece ser que no.

-Ya sé, ya sé. Sólo tiene moratones y contusiones, pero es mi hijo y quiero verle, quiero saber qué ha pasado, sólo eso. Supongo que entiendes eso, ¿verdad?

-Claro, claro –su ex marido, al ver la mirada cargada de furia en sus ojos se aparta para dejarla pasar en dirección a la sala

de rayos-x de la cual sale en esos momentos un doctor seguido de un joven de piel morena que, casi instintivamente, retrocede al verla.

-H-hola, mamá...

-Hola, Víctor –Raquel se cruza de brazos y clava sus castaños ojos en los de su hijo-. ¿Me puedes contar qué ha pasado?

-Y-yo... No lo recuerdo bien, mamá, sólo recuerdo la luz brillante y que Jorge dio un volantazo y luego... Pufff, me desperté aquí en el hospital.

-¿Ibais bebidos?

-No señora –responde el médico con una sonrisa tranquilizadora-. Ni su hijo ni el conductor del vehículo han dado positivo en el control de alcoholemia.

-¿Cómo está Jorge? –La triste mirada de su hijo es respuesta suficiente para ella, que baja la cabeza y abraza al muchacho para reconfortarlo.

-¿Me perdonas, mamá?

-No hay nada que perdonar, cielo. Lo importante es que tú estás bien, y que ahora mismo nos vamos a casa.

-No, señora, el chico se queda en el hospital por lo menos esta noche. No hemos terminado de hacerle todas las pruebas. Ya sabe, cosas rutinarias –la voz del médico es tan calma, tan tranquilizadora que Raquel no puede menos que asentir mientras se encoge de hombros.

-De todos mañana no tengo que madrugar –dicho esto, da un beso a su hijo en la mejilla y le revuelve el cabello con la mano derecha.

Tal y como les han informado a Gabriel y a ella, el chico no tiene más que algún que otro moratón y ligeros rasguños, lo que parece ser un verdadero milagro teniendo en cuenta como ha quedado el coche según la Policía y los testigos del accidente.

Son las 08:30 de la mañana cuando madre e hijo salen del hospital camino de su casa.

Su padre lo hizo un par de horas antes, una vez cerciorado que el joven se encuentra en perfecto estado físico.

Raquel conduce en silencio, toda su atención fija en la calzada y en los mandos del coche.

-¿Mamá?

-¿Sí?

-Si hubieras visto aquella luz... Tan brillante... Tan blanca...

-¿Qué luz cielo?

-Antes del accidente, Jorge y yo vimos una luz que se acercaba al coche a gran velocidad. Antes de que el coche volcase.

-¿Seguro que no ibais bebidos ni drogados?

-¡Mamá, por favor! Sabes que no bebo, y lo de tomar drogas, ninguno de mis amigos lo hace.

-Está bien, perdona cariño –la mujer gira la cabeza y dedica a su hijo una sonrisa conciliadora-. Es sólo que casi me muero cuando anoche me llamaron para avisarme del accidente. Te imaginé tirado en medio de la calle, muerto, o yo qué sé.

-¡Joder mamá, como te gusta dramatizar!

-¡Esa boca jovencito! Y recuerda lo que ha dicho el médico, ha sido un milagro que hallas salido tan bien parado. La próxima vez quizás no tengas tanta suerte.

-De acuerdo, mamá.

Finalmente llegan a su domicilio y, tras aparcar, ambos suben en silencio hasta el piso.

-¿Qué vas a hacer ahora, mamá?

-No lo sé, supongo que llamaré a tus tías y a tus abuelos, a Patricia, y a David para tranquilizarlos. Hablé con ellos desde el hospital, pero de prisa y corriendo. Les conté lo imprescindible, que tú estabas bien. ¿Qué vas a hacer tú? –Raquel tiene ya el móvil en la mano y marca con presteza y de memoria el número de su madre-. Deberías acostarte aunque sólo fuera un par de horas, debes de estar cansado.

-Un poco la verdad es que sí –dicho esto, el joven se dirige a su habitación tras dar a su madre un sonoro beso en la mejilla-. Llámame a la hora de comer, por favor.

-Claro cielo, descansa –Raquel queda hablando con sus hermanas y sus padres mientras Víctor se desviste y se mete en la cama.

Durante la mañana, Raquel, dedica su tiempo a arreglar y a limpiar el piso mientras atiende de vez en cuando el teléfono, escucha música o navega por internet.

Por su parte, Víctor, se revuelve en inquietos sueños en los que ve como su amigo Jorge es sacado ya cadáver del coche siniestrado mientras extraños seres lo observan a él desde las alturas, escrutándolo, mirándolo como si fuera un bicho raro y, entonces, lanzando un grito, despierta, aferrado a la almohada.

-¡Ellos me miraban, ellos provocaron el accidente!

-¿Qué te pasa, cariño? –Alarmada, su madre corre hasta su habitación, encontrándolo empapado en sudor, apretando la almohada entre sus manos-. Tranquilo mi amor, sólo es una pesadilla, sólo una pesadilla –se sienta en el borde de la cama y le acaricia el oscuro cabello mientras lo acuna contra su pecho-. Ahora tendrás muchas pesadillas acerca de lo que ha pasado.

-No era sólo una pesadilla, mamá. Era algo más, como un aviso –el muchacho se aparta de su madre y clava sus oscuros ojos en los de la mujer.